

ÉRASE UNA VEZ EN FARAFRA

FOTOGRAFÍAS *Catherine Hyland*

La fascinante geología y la historia legendaria del desierto Blanco de Egipto son difíciles de concebir en nuestros días. Hace miles de años fue una llanura fértil y de exuberante vegetación, hoy es un terreno árido y ha sido así desde tiempos de los faraones. Simon Ings cruza sus arenas y nos descubre su increíble paisaje.





Doble página anterior: en El Jayame, en el desierto Blanco (o Sahara al-Beida) las diferencias en el paisaje debidas a la erosión han dejado protuberancias de roca dura, como si fueran piezas de ajedrez por todo el desierto. Esta página, izquierda: la arena y las rocas cambian de color a lo largo del día, con cálidas variaciones de naranja y melocotón en las puestas de sol. Página derecha: las rocas evocan el tiempo lejano en que el desierto estaba cubierto de agua, salpicado de fósiles de almejas y erizos de hace millones de años.

A quinientos sesenta kilómetros al sudoeste de la ciudad de El Cairo, en el centro de una depresión de unos 680 650 kilómetros cuadrados que forma el desierto occidental de Egipto, está Farafra. Aquí hay un oasis y jardines tan extensos que todas las familias antiguas locales tienen su parcela particular. Crecen dátiles, aceitunas y limones. La ciudad siempre ha sido capaz de autoabastecerse. Tienen un manantial termal y desde hace años se habla de utilizar la energía geotérmica para suministrar electricidad a la ciudad. Por ahora, las cisternas de cemento están hundidas en el terreno, a cinco minutos de distancia en automóvil desde Farafra para solaz de los lugareños y entretenimiento de los pocos turistas de la zona.

Para hablar en árabe con alguno de los cinco mil habitantes de Farafra, el egipcio aprendido en las guías de viaje es inútil. La generación más vieja habla un dialecto tan singular que las decenas de miles de

trabajadores que llegaron desde el delta del Nilo (para cultivar un desierto reverdecido por los proyectos del gobierno) se muestran incapaces de entender.

Farafra permanece al margen de la cultura predominante de El Cairo ¿cómo no? No está lejos de la frontera con Libia y sus habitantes son beduinos que todavía recuerdan las viejas rutas comerciales. Farafra es más antigua que El Cairo, también más antigua que Tebas que tiene cinco mil años de historia (o Luxor). Los primeros asentamientos en los alrededores de la zona tienen más de diez mil años. Antes de Farafra, no había asentamientos en Egipto, al menos que se sepa. En esta región la gente aprendió el arte de permanecer en el mismo lugar.

Suena terriblemente romántico el hecho de que las avanzadillas de vegetación hayan persistido en lo que ahora es uno de los puntos más áridos del planeta. En la época de los imperios, los geógrafos, aventureros y

arqueólogos europeos deambulaban de un oasis a otro, cuaderno y brújula en mano, desde Siwa a Kharga a través de Bahariya, Farafra y Dakhla, adentrándose en un edén de huesos fosilizados bajo las arenas del desierto. No se equivocaban. A pocas horas en automóvil al sudoeste de Farafra, sobreviven en una cueva tallada de la Edad de Piedra de cabras, gacelas, una jirafa, y lo más sorprendente, un barco.

Es fácil imaginar un desierto floreciente o bajo el agua. Lo difícil es asumir cuánto tiempo hace que esta región (ahora denominada Parque Nacional Desierto Blanco) se secó. Este lugar ya era desértico en tiempo de los faraones, y Farafra no era más que una parada en la ruta que enlazaba el mar Mediterráneo con el Sahara libio. La tierra estaba sin pastar y sin excavar. Incluso los infatigables romanos, durante su ocupación, lo único que hicieron fue algún pozo artesiano. Pero los sueños románticos del





A medio camino entre los oasis de Dakhla y Bahariya, el oasis de Farafra es el más aislado del desierto occidental y el más cercano al desierto Blanco. En el pasado fue abrevadero en una ruta comercial. Ofrece a los habitantes de Farafra jardines (izquierda) y

una tierra fértil para la agricultura y el pastoreo de camellos y ovejas para el comercio local de la lana. Derecha, recolectando dátiles frescos de las palmeras (superior y medio) y una vaca pasta a la sombra de una palmera (abajo).

paraíso perdido eran parte del imaginario por aquel entonces. ¿Por qué si no la región se ha llamado *Ta-ih* o la «tierra de la vaca»?

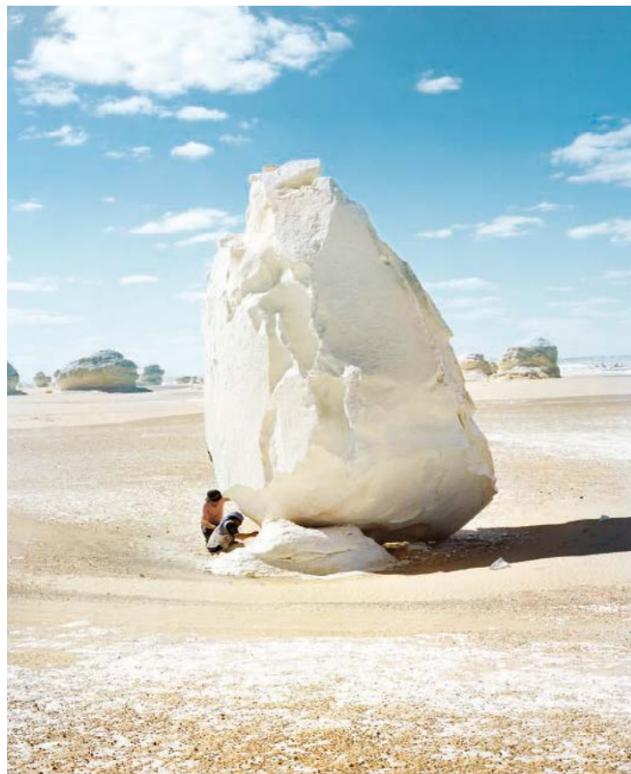
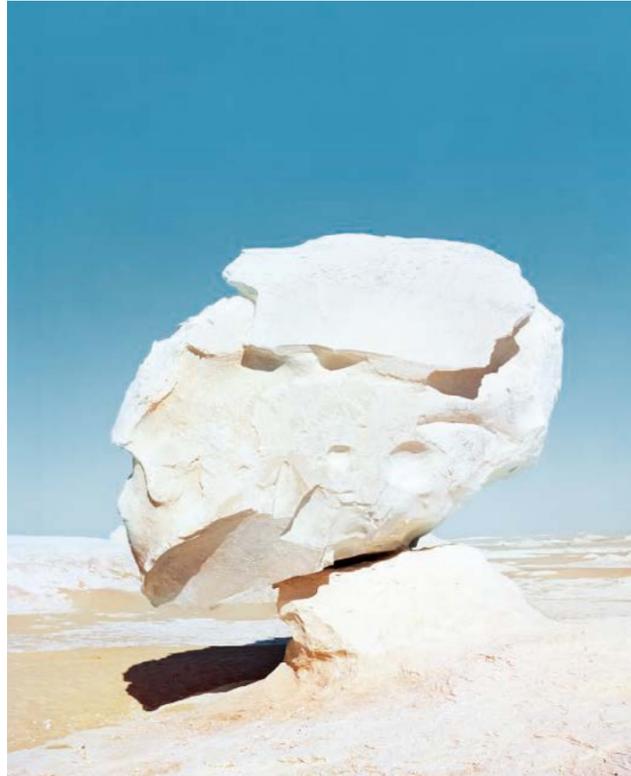
Pero aquí no se encontrará una sola vaca entre los huesos petrificados. Camellos, sí. Gacelas y avestruces también (las cáscaras de los huevos de avestruz eran tan útiles como vasijas que los habitantes no pensaron en la cerámica). Por tanto ¿por qué querría una civilización del Nilo recordar como la tierra de la abundancia a este rincón árido e inhóspito? El trabajo arqueológico de la pasada cuarta parte del siglo nos da algunas respuestas. La civilización no comenzó en el Nilo. Su inicio fue aquí, en los humedales de Farafra. La práctica del pastoreo y la agricultura se extendió hacia el este a medida que se iba secando la tierra.

No sería sensato conducir por el desierto Blanco sin un guía. Se necesitan camellos y una semana para explorarlo. El desierto es montañoso y de relieves casi imposibles de medir o incluso comprender. Una caminata de unos veinte minutos llega para cruzar el fondo de un valle cuando hubiéramos pensado que llevaría todo el día recorrerlo.

Este es un entorno para caminar más que para cabalgar. Los pináculos que parecen imposibles no son más altos que las dunas. La arena y el viento han esculpido la caliza del fondo del valle como si fuera un glaciar, y es difícil hacer una foto del paisaje que no parezca Islandia. Giras la cabeza para ver la arena barrida por el viento y no sabes dónde se encuentra el campamento. Sí, camina, pero alerta, un cambio en la luz cambia el color de todo. Y nada en este lugar parece lo mismo desde otro ángulo.

El desierto Blanco es, sí, blanco, o del color que provoca el sol al refractarse en la caliza que dejaron los lagos: todos los tonos





Página contigua: algunas formaciones rocosas, talladas por siglos de tormentas de arena en estatuas del desierto, se asemejan a un rostro humano (arriba, izda.); una gallina al lado de un árbol (arriba, dcha.); un huevo enorme sobre un nido (abajo, izda.); algunas rocas tienen una cualidad monumental, como la

esculpida (abajo, dcha.). En esta página: viviendas modernas de techos de latón de Farafra, que se vienen construyendo desde los 80, contrastan con los hogares tradicionales antiguos de barro, la mayoría se encuentran arruinadas. Muchos viven en aldeas cada vez más extensas ubicadas en los alrededores de la ciudad.

de naranja, de malva, y al amanecer, azules árticos inverosímiles. Las vetas oscuras son depósitos de hierro de viejos volcanes o los restos petrificados de acacias. Se encuentran fragmentos de ramas de piedra sobre el terreno. Los troncos del árbol joven del tamarisco aparecen enraizados en la caliza, convertidos en piedra blanda que se resquebraja entre los dedos.

Esta ha sido tierra seca durante tanto tiempo que su geología ya no recuerda la lluvia. No hay líneas de drenaje, ni acequias, ni lechos de río, solo escasas orillas de lagos milenarios en un paisaje configurado por el viento y la arena. Cuando la sonda espacial *Mariner 9* y el orbitador *Viking* tomaron fotos de Marte, la NASA buscó en sus archivos imágenes de su equivalente terrestre, una porción de Marte en la Tierra facilitaría sus investigaciones. Los estudios del desierto Blanco documentan la planificación de las misiones de la NASA.

En otra parte del desierto se puede transitar el lecho de grandes lagos que, en un tiempo, se extendían hasta alcanzar prácticamente el límite del horizonte. La caliza aquí se ha erosionado casi hasta desaparecer, dejando montículos aislados, socavados en la base por las tormentas de arena hasta convertirse en esculturas abstractas gigantes sobre estrechos pedestales. Las formas recuerdan capitolios en ruinas de ciudades antiguas, enormes calaveras que se han fosilizado, tronos en forma de caracola, de esfinge y hasta de simple gallina.

Entre estas extrañas torres, nada es lo que parece, nada permanece igual al mover la vista. Los sonidos también perturban en este espacio de silencio. La marcha de los ejércitos llena el aire al caminar entre estas



Entre estas extrañas torres, nada es lo que parece, nada permanece igual cuando movemos la vista

figuras cambiantes cuyas bases ahuecadas reflejan tus propias huellas. En otra zona las esculturas son más pequeñas, apenas llegan a la cintura, y se extienden a kilómetros como nubes jóvenes, a la espera de hincharse y salir con fuerza liberándose de la tierra (una idea curiosa, pero las propias rocas de por aquí también son curiosas, como una inmensa rocalla abandonada).

Y de vuelta a la arena, la piedra pómez cortante en los pies, y la carretera de dos carriles por donde transitaban los camellos en el pasado. Y a casa, a una ciudad electricada en 1981, con hospitales y escuelas al ritmo de los tiempos e incluso una excelente universidad cercana.

Al volver a Farafra es fácil obtener una invitación para visitar los jardines que han alimentado durante milenios a este pueblo y le han provisto de productos para comerciar. Cualquier visitante puede conseguir

una entrada gratis (pero muchos se limitan a hacer una mínima incursión en el desierto y después se van). Nos sentamos a tomar té, observando la recogida de dátiles, asintiendo con la cabeza mientras nuestro guía (también encargado de nuestro hotel, director de una ONG, activista político y músico de conciertos en el desierto) explica que las casas de barro del centro de Farafra casi han desaparecido, abandonadas y descuidadas, mientras que las familias modernas prefieren vivir en casas de hormigón, calurosas en verano y frías en invierno.

Esto cambiará. La idea de una ciudad con casas de barro en callejones laberínticos y sombreados puede parecer anticuada a los lugareños, pero para los nuevos turistas occidentales es un modelo de modernidad sostenible. Algún día Farafra se reinventará a sí misma en algo nuevo y extraño, y no será la primera vez en diez mil años. ♦